

Capítulo I

TRANSFORMACIÓN SOCIAL Y SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

1. LAS REALIDADES Y LAS MIRADAS

Hablar de arte y creatividad en procesos de intervención y acción social supone, en primer lugar, que hay situaciones para arreglar, y que nosotros podemos hacerlo. Además, activa y pone en vínculo dos elementos esenciales de nuestra naturaleza: lo comunitario como modo de estar en la vida, y lo simbólico como modo de pensarnos en la vida. La propuesta presenta varios elementos que nos distinguen como habitantes del siglo XXI. Así, la referencia a la *acción social* trae al sector social, un espacio de protagonismo nuevo en la sociedad; la referencia a la *intervención* trae el entendimiento actual de que podemos proponernos cambios en y desde los individuos y los colectivos; y la referencia al *arte* y al poder transformador de la *creatividad* pone en escena el papel de nuestras interpretaciones y el de la producción de lo simbólico como materia prima para despertar ese poder.

Millones de personas en el mundo que trabajan para combatir, entre otros males, la exclusión social y la pobreza, están participando de experiencias a partir de estas premisas y lo hacen por la confianza que depositan en la facultad del ser humano de colaborar en el desarrollo de su propio destino. Pero, lo hacen sabiendo que, también, hace falta que se transforme el contexto donde ese destino se despliega: la sociedad. Pero, ¿qué debe transformarse y cómo? En principio, un anhelo de transformación social es siempre un acto de fe y exige la aceptación de que no es posible decir en *qué* consiste ni *cómo* ocurrirá. El *qué* y el *cómo* están fuera de nuestro alcance y *esa* es la prueba de que se trata de una transformación y no de un cambio parcial o un acomodamiento de lo existente. En este sentido, lo único que podemos hacer es proponernos *un norte* amplio **1** y avanzar por el territorio incierto de la transformación que se irá constituyendo, mientras lo conquistamos, por la combinación de lo que hay y lo que se anhela, lo que vamos dejando y lo nuevo. Apelar a la transformación social, por tanto, es nombrar la recta entre un punto de partida de lo que ya no se desea y uno de llegada aún desconocido, sin pautas específicas de cómo se recorre y qué se alcanza al hacerlo. Parece una tarea imposible y sin embargo la humanidad lo ha

hecho muchas veces. Es parte de nuestra naturaleza evolucionar y alcanzar otros niveles de realización y comprensión.

Sin embargo, sí podemos reconocer cuándo ha ocurrido una transformación social y es cuando no solamente han cambiado las estructuras, procesos y prácticas sino, sobre todo, las lógicas subyacentes a ellos. Es decir, se ha producido un cambio de conciencia. También podemos afirmar que no hay transformación social sin que se transformen los miembros de la sociedad. Este entrelazamiento intrínseco entre las personas y sus comunidades puede evaluarse de dos maneras: a partir de una mirada desalentada que duda de que los pequeños cambios que cada uno hace en su vida tengan algún impacto social; o desde una esperanzada que cree que la transformación social depende, en primer lugar, de lo que cada uno aporta.

Además, la visión pesimista dirá que ahora es diferente ya que tenemos una enorme cantidad de problemas locales y globales que requieren de acciones imperiosas y urgentes. Pareciera que en ese sentido ya no tenemos tiempo para procesos de transformación lentos e inciertos. Es por esto que, en las últimas décadas, la urgencia nos ha impulsado a desarrollar programas para revertir condiciones crónicas en nuestras sociedades como la pobreza, la marginación, la injusticia o la corrupción. Así mismo, desde hace años estamos abocados a desarrollar mecanismos de contención de las crisis ambientales y económicas que nos acucian cada vez más seguido. Sin embargo, son justamente estos intentos insuficientes, y muchas veces fallidos, los que muestran que no se trata sólo de ajustar algo dentro de lo existente sino de modificar la propia lógica con la que vivimos.

La visión optimista, en cambio, dirá que hoy en día contamos con posibilidades y conocimientos nuevos que parecen hechos a la medida de una transformación social más consciente, profunda y orgánica. Porque, si bien el punto de partida es extremo y hasta desesperante, el de llegada, bien mirado, se siente más cercano que nunca. Hoy entendemos mucho mejor el modo en que funciona nuestro modo de pensar, interpretar y comunicarnos; tenemos una capacidad tecnológica tan potente que ni nosotros conocemos sus verdaderas posibilidades y, por encima de todo, tenemos conciencia de un aspecto profundamente transformador de nuestra naturaleza: la de

que la realidad es dúctil a nuestra mirada. La toma de conciencia y la constatación de todo esto nos dice que las soluciones, realmente, dependen de nosotros.

Ambas visiones conviven, simultáneamente, dentro de cada uno y en las sociedades. Así, algunas realidades despiertan confianza, entusiasmo y esperanza, llenándonos de un fuerte sentido de posibilidad y compromiso personal para alcanzar metas colectivas. Mientras que, otras realidades, causan un sentimiento de impotencia y agotamiento. Así, las dos visiones ponen en evidencia, justamente, el *poder de nuestra mirada* que articula cuatro dimensiones, la física, la emocional, la mental y la espiritual. Con *poder* nos referimos al hecho de que los humanos no estamos en este mundo como sujetos aislados que miran los objetos que los rodean, sino que nuestras miradas cooperan en la creación de la realidad de la que formamos parte. En cada una de las cuatro dimensiones se confirma que la observación colabora en lo observado. Pero este poder no es sólo de ida, ya que nuestra mirada, a su vez, es sensible al entorno y a las interpretaciones que hacemos sobre él. Entender este camino de doble vía parece haber generado un vértigo existencial en la especie. Conocer el poder de nuestra mirada, y al mismo tiempo su vulnerabilidad, ha hecho que, principalmente, nos sintamos desvalidos, aislados y disociados. Hemos visto que este poder puede plasmarse en direcciones generadoras o destructoras de vida, portadoras de esperanza o de desolación y reducción.

Pero, insistiendo con el optimismo, hay algo más que hoy tenemos y que favorece una búsqueda más consciente de la transformación social. Se trata del *profundo malestar* que sentimos y expresamos millones de seres humanos frente a eventos y decisiones que nos asustan y nos dejan impotentes. Parece contradictorio pero no lo es. La mayoría de los procesos transformadores del pasado fueron producto de un malestar amplio y masivo. Entre esta impotencia y el impulso de transformación solo faltan unos pocos eslabones: entender la naturaleza profunda del malestar y recuperar la confianza en nuestro poder de transformarnos.

Desde esta perspectiva, es evidente el rol de la creatividad como fuente de producción simbólica para ampliar la frontera de los impulsos de realización colectiva. Mientras que la creatividad aplicada puede detener y revertir nuestros problemas actuales, el intercambio en el universo

simbólico crea metáforas aglutinantes, inscribe mensajes de esperanza en el código de la vida y estimula el desarrollo de estructuras de entendimiento que cumplen funciones emocionales, sociales y biológicas fundamentales para la evolución en comunidad.

2. UNA MIRADA CRITICA SOBRE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Entonces, ¿cuáles son las causas del malestar en la sociedad contemporánea? Y, ¿existe la posibilidad de identificar causas comunes para todos? En principio, decir “sociedad contemporánea” no sólo nos ubica en un territorio de difícil captura sino que parece forzarnos a elegir entre la generalización abstracta o la resistencia pormenorizada. Porque, ¿de cuál sociedad hablamos? y ¿qué implica contemporánea? Sin duda, una reflexión a partir de estos términos necesita alguna clarificación. Por un lado es legítimo decir que, como especie, nos organizamos en sociedades y que todas juntas componemos “la sociedad humana”. Por el otro resulta inadecuado y pretencioso usar los mismos criterios para explicar, por ejemplo, a la Unión Europea y a las comunidades nómades o a las 100 tribus que aún viven aisladas en el mundo.

Es evidente que estas sociedades se manifiestan de un modo diferente, expresan un modelo distinto de comunidad y cada una tiene sus propios malestares. Sin embargo, saber que todas son contemporáneas – es decir que, lo sepan o no, son participantes de la era global – las pone en pie de igualdad ante los desafíos del siglo. A continuación presentaremos tres desafíos fundamentales que marcan, simultáneamente, nuestra realidad y la manera en la que la miramos e interpretamos.

2.2 La disociación entre los individuos y sus espacios y sistemas de organización

Los cambios del último siglo han hecho que la sociedad contemporánea sea una sociedad a mitad camino entre lo que fuimos y lo que seremos, moviéndose incómoda entre lo local y lo global y entre acuerdos hechos a medida y mandatos en bloque para ámbitos supranacionales e internacionales. Cada vez más, comprobamos que las decisiones que se toman en función de estos espacios parecen responder a diferentes realidades y necesidades humanas y, aún más, a diferentes interpretaciones sobre ellas. Las más de las veces sentimos que responden a lógicas

opuestas. Quizás ha llegado la hora de empezar a pensar desde otras perspectivas y evaluar cómo están funcionando esos espacios, cuáles son sus similitudes y, principalmente, de qué modo podemos vincularlos sin destruir las diferencias a las que buscamos responder.

Ya Gilles Deleuze nos alertó sobre los intentos de reconciliación de los opuestos, afirmando que en ellos lo que ocurre es que se suprime o reprime la diferencia como si ésta fuera algo no deseable. Considerar a la diferencia impropia o peligrosa es abrir la puerta, de par en par, al autoritarismo y al totalitarismo. En la segunda mitad del siglo XX se nos hizo consciente la necesidad de reconocer las diferencias como el modo de superar los criterios unificadores que excluyen y estigmatizan. Pero, en el XXI, mientras seguimos aprendiendo a hacerlo ya hemos comprendido que la diferenciación puede tener, también, su sombra: la disociación y con ella la pérdida de cohesión social.

Por su parte, el filósofo Edgar Morin propone que los conceptos que usamos para concebir cualquier sociedad están mutilados y por eso nos llevan a acciones mutilantes. Según explica, hemos disociado tres términos: individuo, sociedad y especie que representan dos esferas, la antro-po-social y la biológica y que deberían pensarse, no solo simultáneamente, sino también desde su relación permanente. Frente a esto, Morin se pregunta: *¿Se puede aceptar que los progresos locales en precisión vayan acompañados de un halo de imprecisión sobre las formas globales y las articulaciones?* **2**

No, no se puede. Pero la complejidad que demanda precisar lo global y las articulaciones, para luego encarnarlas en sistemas y acuerdos, es algo nuevo para la humanidad. Todavía estamos entendiendo cómo hacerlo y mientras tanto vivimos inmersos en contradicciones y corriendo el riesgo de matar las diferencias al querer resolverlas. Hace falta escuchar este llamado a re-vincular las esferas antro-po-social y la biológica ya que, mientras no lo hagamos, seguiremos atrapados en nuestras interpretaciones antro-po-sociales mientras caminamos hacia el precipicio donde la vida ya no es posible. Es necesario, entonces, superar la disociación sin caer en la trampa de la simplificación y la unificación excluyente.

La disociación entre los espacios en los que opera la sociedad contemporánea – y entre las lógicas particulares que rigen en cada uno – hace que mientras que los conceptos que usamos para pensarla van ampliando su frontera hacia lo planetario, dentro de las naciones y entre ellas, aumentan las grietas, los desencuentros y la atomización. En ambas dimensiones – la local y la global – se producen eventos que nos dejan perplejos y provocan lecturas antagónicas sobre nuestras sociedades. Así, mientras unos consideran que estos eventos son condiciones idóneas para que aflore la diversidad, otros sólo ven en ellos desintegración y el fracaso de las estructuras ordenadoras. Donde unos ven diferenciación, otros ven disociación. Evidentemente, no siempre es fácil distinguir entre ambas pero es crucial hacerlo porque – en cada una de las cuatro dimensiones mencionadas, la física, emocional, mental y espiritual – la diferenciación promueve el florecimiento, mientras que la disociación instala la parálisis.

La diferenciación es requisito fundamental para la libertad y la profundización de nuestros entendimientos; uno de los pilares que sostienen el estado de derecho y la protección de las minorías; fuente de legitimidad y fortalecimiento de la curiosidad humana, la investigación científica y el desarrollo de conocimientos. Aún más, frente a desafíos inéditos, poder diferenciar parece ser la única posibilidad para que emerjan alternativas de acción y sistemas de organización nuevos. La disociación, en cambio, produce todo lo contrario, porque genera reducción, aislamiento, pérdida de congruencia, incompreensión de la complejidad de los problemas y, como consecuencia, incapacidad para resolverlos.

En este mundo hiperconectado, respetar lo diferente y, al mismo tiempo, sostener los vínculos para alcanzar desarrollos y soluciones integrales, se presenta como el desafío más perentorio. Los hechos demuestran que nos está resultando muy difícil mantener fluidas y entretejidas las energías de diferenciación y vinculación. Así, en lo local, el péndulo, cada vez más frenético, entre derechas e izquierdas parece mostrar una búsqueda inoperante entre dos opciones excluyentes que exigen sacrificios cuyas metas no nos resultan claras. Y, en lo global, la polarización se expresa, por ejemplo, entre los que se resisten a revisar el costo planetario de sus condiciones de vida, y los que, a pesar de las evidencias, quieren llegar a los mismos niveles de consumo y devastación de los recursos. En la base del desafío, entonces, está la necesidad de

encontrar mecanismos que promuevan la conciencia y habiliten la relación permanente, tanto de lo que nos une como de lo que nos diferencia. Y este proceso requiere de un esfuerzo colectivo para comprender la naturaleza de los problemas que hoy enfrentamos.

Entre ellos, los problemas ecológicos son los que más logran reunirnos para intentar crear espacios de debate y acuerdo. Seguramente porque el deterioro del hábitat es el problema más acuciante de todos ya que sin él no hay especies ni vida. Los encuentros sobre cambio climático que culminaron en Copenhague a fines del 2009, son una evidencia de que en este campo hemos comprendido la necesidad de actuar colectivamente. Hay otras evidencias, pero la particularidad de esta es que, ese encuentro, logró reunir a los representantes oficiales de 189 de los 193 estados con reconocimiento internacional. Sin embargo, los resultados fueron muy decepcionantes ya que no lograron acordar acciones verdaderamente transformadoras para nuestros comportamientos inadecuados. Es sorprendente pensar que el 98% de aquellos que en el mundo, supuestamente, tienen las condiciones más pertinentes para decidir y actuar no lo hicieron. Esta insensatez sólo puede explicarse diciendo que no supieron diferenciar entre los problemas, las causas y las consecuencias, y en cambio insistieron en disociar a la economía y los sistemas de organización del hábitat y sus habitantes. Quizás la mayor evidencia que ofrece la reunión de Copenhague es la de que nuestros sistemas de representación y nuestros representantes no tienen, dentro de sus posibilidades, la capacidad para comprender los problemas globales ni el poder para decidir cómo enfrentarlos.

La globalización, la abstracción de los sistemas financieros y económicos, las nuevas tecnologías y las crecientes interdependencias en el flujo de recursos y servicios han hecho que las estrategias y las acciones necesarias para resolver los problemas superen, por lejos, el alcance de las plataformas de organización social existentes. Los órdenes sociales y políticos vigentes han sido diseñados para el manejo de lo que ocurre *dentro* de ellos, y se vuelven impotentes – y hasta en obstáculos – frente a los fenómenos globales. Como resultado, nuestras sociedades están perdiendo, en todas las áreas y en un brevísimo lapso, la congruencia entre los desafíos que enfrentan y los espacios de respuesta y acción para resolverlos. Desde nuestras comunidades locales nos vemos afectados por desarrollos cuya dimensión está fuera de nuestra comprensión,

influencia y control; y desde nuestras comunidades globales los desarrollos locales no alcanzan a tener suficiente carácter para impactar de manera congruente y vinculante en el desafío global.

Corriendo detrás de la creciente complejización de nuestra vida hemos ido creando mecanismos de cooperación para intentar ir más allá de los sectores, países y regiones. Pero la contracara de tales espacios es que son difíciles de acceder conceptual y materialmente. Se genera, así, una “exclusión de *facto*”. En primer lugar, porque la participación en tales plataformas requiere de conocimientos y capacidades particulares. En segundo porque aún no hemos logrado articular el modo de participación de las personas, la ciencia y del poder político en ellos. En ese sentido, muchas veces, la representatividad en estos espacios – es decir, en nombre de qué y quiénes se acuerdan las interpretaciones y acciones – no es, necesariamente, idónea, legítima o transparente

3. Se produce, entonces, lo opuesto de lo que se intenta: cuanto más abarcador es un espacio respecto de los temas y respuestas que afectan a todos, más personas y comunidades quedan excluidos de participar en él.

¿Y cómo vivimos esta disociación desde el individuo? La pérdida de nuestro hábitat, por la irracionalidad flagrante de la especie, nos provoca una alarma en la matriz biológica pero, al mismo tiempo, vemos que esta locura se plasma en otro gran número de situaciones y eventos cotidianos lo que nos deja inermes y confundidos. De este modo, poco a poco, las alarmas que sentimos se van convirtiendo en una música de fondo, otro fenómeno discordante con el que hemos aprendido a convivir. Pero, ¿con qué, exactamente, hemos aprendido a convivir? ¿Con la imposibilidad de cambiar las cosas?

Pero sí podemos cambiarlas. Sólo se necesita un instante para comprender la incoherencia que representa, desde la perspectiva de la especie, la simultaneidad de la clonación y la desnutrición; de la nanotecnología y la carencia de agua potable; de la creación de aceleradores de partículas y la malaria endémica. Esta convivencia de extremos hace inevitable pensar que ya tenemos a nuestro alcance los recursos necesarios – en capacidad creativa, conocimiento y tecnología – para revertir sus despropósitos y, en muchos casos, cancelar el sufrimiento que causan, que *nos* causan. ¿Y entonces? Dionisio Cañas, el poeta manchego, se pregunta: ¿cómo curar una sociedad

que no se sabe enferma? Quizás debamos preguntarnos si no será que se sabe enferma pero cree que es terminal y se resigna.

2.2 La disociación entre el individuo y el sentido del hacer

Somos casi siete mil millones de seres humanos cohabitando el planeta y que no sólo queremos comer cada día y tener un lugar donde dormir sino, como siempre, tenemos el impulso natural de aplicar nuestras habilidades para producir – material y simbólicamente – lo que imaginamos, precisamos y deseamos. Cada uno de nosotros, no importa dónde ni con qué, necesita expresarse a través del hacer. En los últimos 100 años, las posibilidades y la diversidad que hemos desplegado en términos del hacer han sido extraordinarias. Todos los ámbitos de la vida se fueron transformando a partir de lo que hemos sido capaces de producir. Para bien y para mal. Al mismo tiempo, para cada individuo desde el siglo pasado, los espacios del hacer se han ido circunscribiendo, más y más, al ámbito del trabajo mientras este se ha ido enrareciendo en sus significados y sus efectos.

Los desarrollos tecnológicos y la ampliación de los espacios de operación le fueron confiriendo al trabajo industrial y post-industrial, rasgos cada vez más disociadores, tanto para las relaciones como para los resultados. Así, por un lado, es difícil saber con quién y para quién se trabaja, en qué ámbitos económicos y políticos se insertan las empresas, cada vez más transnacionales, y en qué interdependencias globales participan. Mientras que por el otro lado, tanto los que trabajan en servicios como en producción llevan adelante un hacer aislado en relación a lo que ocurre antes y después de su intervención particular. Los dos ejemplos más familiares son los call-centers diseminados por el mundo y las industrias que producen componentes sueltas. Hoy en día, millones de personas no tienen forma de saber si con su trabajo están participando en instancias que causan o aumentan el sufrimiento de otros, si contribuyen con ellos a la destrucción de la naturaleza o si colaboran con su hacer en la prolongación de una guerra. Las dos grandes

consecuencias de la tecnologización del trabajo – la abstracción y la desvinculación – nos han llevado a la pérdida, tanto del contexto de los contenidos como de la inserción del trabajo en el tejido social.

Esta forma de trabajo está profundamente desvinculada del fundamento primero del hacer: la producción de alguna forma de sentido, concreto o simbólico, para nuestra vida. Y esto ocurre porque la actividad laboral ha quedado dissociada de lo que, tradicionalmente, representaba la legitimidad individual y social para llevar a cabo una tarea: el conocimiento, las habilidades, la experiencia y las relaciones personales. Ninguno de estos fundamentos tiene mucha relevancia en el trabajo postindustrial. Hoy, el saber, la preparación profesional o el dominio de un oficio, valores que antes se inscribían *en* la persona **4**, compiten con las nociones de eficiencia y pragmatidad cuyos parámetros y resultados se definen y evalúan desde el sistema, el proceso o las ganancias.

Esto marca, quizás, el punto dónde se asienta la ruptura más profunda, y que se expresa en las categorías que definen las relaciones laborales. No importa cuán voluminoso, florido y hasta bien intencionado sea el discurso que generen las empresas – y, de hecho, muchas instituciones empleadoras de todos los sectores y áreas de la sociedad – acerca del trabajo en equipo y la institución como familia o red. A pesar de esta proclama, para los hechos y las decisiones corporativas y gerenciales, los involucrados no son seres humanos sino *recursos, factores o capital* humano. La persona ha pasado a ser una variable, y su valor es funcional a la distribución del poder y los valores económicos. La fórmula en donde ésta funcionalidad se calcula, muchas veces, da como resultado que la variable no contribuye lo suficiente y que se debe *prescindir* de ella. Desde la perspectiva de los gestores y tomadores de decisiones, la desvinculación actúa como un anestésico que, a la hora de decidir, los libera de hacerse consideraciones de tipo moral, emocional y hasta de sentido común para la supervivencia de la especie.

Desde otra perspectiva de análisis, también podríamos decir que, aunque lo que producimos como especie no satisface, precisamente, lo que necesitamos, igual seguimos produciéndolo y generando mecanismos para mantener girando esta rueda de generación de lo superfluo y

redundante. A pesar de que millones no alcanzan la posibilidad de satisfacer sus necesidades básicas, otros millones definen su vida por lo que tienen y se han sometido a vivir en una civilización caracterizada por el deseo de poseer y acumular. La riqueza es su norte y tal como dice el pensador Franco Berardi: **5** *¿Riqueza significa quizás acumulación de cosas, apropiación de valor financiero, poder adquisitivo? Esta idea de la riqueza (...) transforma la vida en carencia, en necesidad, en dependencia.* Este deseo de poseer ha transformado nuestra vida en una carrera motivada por un deseo que nunca se satisface.

En esos ámbitos, la ambición de poseer está desbordada y no se limita a los bienes materiales sino que se extiende a los conocimientos, los cuerpos de diseño y, en el colmo del despropósito, la estructura genética de la vida. En 91 años recorrimos un camino que nos llevó desde una comunidad que comprende que la penicilina no puede patentarse – porque, si una enfermedad es de todos, también lo debe ser el medio de la curación – a una individualidad que considera razonable que en la especie humana algunos, y sólo algunos, tengan derechos absolutos sobre un ADN. Este ADN, que originalmente era de todos, ahora – manipulado y esterilizarlo – se ha vuelto producto de venta al que sólo accede quién tiene con qué pagar. Lo que era de la vida, hoy es de un solo país, un solo sector, una sola empresa, un solo accionista.

Este recorrido es simplemente inexplicable, salvo que se haya naturalizado la noción de que poseer es ser y, por ello, un derecho inalienable en cuya persecución todo vale, hasta destruir, no sólo los recursos con los que generamos las posesiones sino, también, a nosotros mismos. La disociación entre nosotros y el sentido de nuestro hacer nos está llevando a un estado donde ya no importa si lo que estamos haciendo tiene sentido o no. Parece que hemos dejado de luchar por la búsqueda de sentido, permitiendo que la comodidad triunfe sobre la complejidad, la privacidad sobre las paradojas y la adquisición individual, de las personas, instituciones o sociedades, sobre las perspectivas colectivas de la especie.

2.3 La disociación entre el individuo y el sentido de sus decisiones

En pleno centro de Berlín hay un edificio al que se accede por un patio interno y cuyo frente, desde la planta baja y a lo largo de cinco pisos, está cubierto de palabras. Cada palabra tiene su pareja y todas las parejas representan un opuesto. La fachada parece ser un espejo en el que danzan los contrasentidos de nuestro tiempo. Algunos pares de palabras son: débil y poderoso, relevante e irrelevante, poco y mucho, justo e injusto, definido e indefinido, completo e incompleto, dependiente e independiente, libre y oprimido, mutante e inalterable, útil e inútil, seguro y peligroso, social y asocial, consciente e inconsciente. ¿Qué es, exactamente, lo que nos muestra este muro? ¿Es un espejo de nuestra realidad o una proyección de nuestra mente sobre ella? Cabe tanto pensar que estas palabras nos ayudan a profundizar el entendimiento sobre nosotros y la vida, como que nos imponen un enfoque restringido a los opuestos que nos impide ver qué hay detrás de ellos o entre ellos.

En todo caso, lo que sí producen es un reconocimiento. Efectivamente, hoy el mundo de las oportunidades vive hombro con hombro con el de la exclusión, y cada vez nos resulta más evidente la interdependencia que existe entre ambos mundos. Y, la convivencia de opuestos, es visible no sólo en términos de oportunidad y exclusión sino, también, en nuestras interpretaciones. Constantemente sentimos que cruzamos, ida y vuelta, el umbral entre lo conocido y lo desconocido, la tradición y la vanguardia, el presente y el futuro. En definitiva, no sólo las sociedades, en su lenta adaptación a condiciones nuevas, están disociadas sino cada uno de nosotros también.

La diferencia radica en que, en nuestro pequeño universo de acción, no siempre es posible demorar la decisión. Cada día tomamos decisiones, incluyendo la de no tomar alguna. Dada la dinámica de nuestra existencia es inevitable hacerlo porque decidir, no es sólo el modo de elegir qué hacer sino la forma de estar e interactuar en el mundo. De este modo, cada decisión expresa nuestros criterios del ser y del hacer. Entonces, frente a la exposición a los opuestos y las contradicciones del entorno, ¿cómo poner en juego, evaluar y validar nuestros criterios? Con mucha dificultad, ya que los desafíos para interpretar acontecimientos en la vida social y laboral y las limitaciones para capturar la interdependencia, no nos liberan de decidir, tan sólo atomizan el proceso y hacen de corto plazo lo decidido. Atomizan porque las posibilidades de incidencia

son tan acotadas como el involucramiento que tenemos en estos campos; y de corto plazo porque la interdependencia demanda un esfuerzo inaudito para evaluar si lo que estamos decidiendo es lo mejor y más coherente tanto para nosotros, como para nuestro entorno y nuestra sociedad y, así, la urgencia impone su punto de vista del aquí y el ahora y el mientras tanto. Acá resulta útil y produce alivio comprender que estamos experimentando dos desarrollos al mismo tiempo. El primero es la *disociación* ya mencionada entre y dentro de las realidades tal como las conocemos. El segundo es la *confluencia* de realidades existentes y fijadas y realidades emergentes y todavía inciertas.

Estamos en un proceso de transición entre un mundo conocido que se desdibuja mientras sigue funcionando, y un mundo desconocido, al que todavía no comprendemos pero que ya emerge fragmentado en oportunidades y limitaciones. En este tiempo en el que lo establecido y lo emergente conviven y compiten, convergen y se contradicen vemos que aparecen nuevas turbulencias en la vida social, económica y política y nos resulta, cada vez, más difícil decidir y hasta actuar. Nuestro entretiempos es un tiempo entre dos lógicas: las establecidas y conocidas que pierden poder, exclusividad y legitimación, y las futuras que, de vez en cuando, creemos ver como una *gestalt* que se nos escapa de las manos. En consecuencia, nuestro repertorio de respuestas insiste en usar los patrones familiares a pesar de que, muchas veces, nos llevan en contra de nuestra intuición, anhelo y hasta nuevo conocimiento. Así, caemos en la trampa de la repetición de mecanismos fracasados o de la espera angustiada y hasta la parálisis.

La transición, entonces, no sólo dificulta nuestras decisiones sino, sobre todo, hace temblar nuestro sentido de identidad. La identidad - individual y colectiva - se construye con la memoria y se arraiga en el pasado. Entendemos nuestra identidad en base de lo vivido, y en particular de aquellos momentos que consideramos paradigmáticos y constituyen nuestro saber narrativo. En este saber se embebe nuestro sentido del *yo* y del *nosotros* que emergen como héroes de dilemas enfrentados, triunfos logrados, impotencia superada. Nuestra identidad es una identidad heroica. Pero, cuando el futuro empieza a invadir el presente, la memoria pierde la realidad que la confirmaba. Aunque seamos fieles a los éxitos del pasado repitiendo, meticulosamente, la otrora

exitosa fórmula, los efectos no son los mismos. Confirmar nuestra memoria ya no significa reconfirmar quiénes somos y mucho menos quiénes seremos.

De forma directa o indirecta todos estamos afectados por esta dinámica que impacta las decisiones y la identidad y que marca nuestra vida individual, pública e institucional. Todos somos testigos de estos síntomas y manifestaciones. ¿Por qué entonces no somos capaces de señalar las causas principales que los provocan? La principal razón es que el nivel de *interdependencia* ha alcanzado dimensiones tales, que nos resulta imposible, desde los sistemas actuales, separar unos desarrollos de otros. En el mejor de los casos, sólo podemos describir los efectos y calcular los costes como si ello fuera prueba de que comprendemos y controlamos la realidad. A su vez, separamos los acontecimientos, las circunstancias y los resultados como si pudiéramos manejarlos por separado y limitamos el esfuerzo de vinculación a asociar los efectos negativos con las culpas probadas y pasadas, evitando aceptar que las nuevas realidades tienen, sobre todo, un impacto en nuestras decisiones y nuestra responsabilidad presente y futura. Las interdependencias nos desvinculan de nuestras decisiones en un doble sentido: por un lado hacen inalcanzables los factores que nos afectan y por el otro hacen imprevisibles las consecuencias de nuestras decisiones. El lugar que ocupamos en la sociedad contemporánea es paradójico: insignificante en relación a las comprensiones, impotente en cuanto a las decisiones y poderosísimo en lo que respecta las desconocidas implicancias de nuestras elecciones.

La complejidad no facilita el desarrollo de una visión integrada, y cuanto más complejo es lo que nos rodea y ocurre, más tentador resulta mantenerse enfocado sólo en aquello que dominamos y podemos manejar y administrar. Este enfoque nos ayuda a decidir, actuar y lograr resultados visibles en el día al día, y también nos lleva a creer que ese enfoque es la vida misma. En realidad, nuestro entendimiento y nuestro hacer se van achicando y metiendo en un túnel mental y emocional que nos disocia de la vida. Así, mientras que, por un lado, ya sabemos que el mundo, aunque organizado en naciones, es uno, que la naturaleza y su riqueza, aunque con muchos propietarios, es indivisible y que la humanidad, aunque dividida en lenguas, culturas e ideologías es una sola especie, seguimos pensando y actuando en categorías de “lo mío y lo tuyo”, “tu problema y mi problema” “ellos y nosotros”.

La disociación entre el individuo y sus decisiones y las consecuencias de estas nos ha llevado no sólo a la incertidumbre sino, más allá aún, a un comportamiento profundamente auto-referencial desde el cuál reproducimos la disociación enfocándonos sólo en lo que sí dominamos: lo más cercano porque es alcanzable, lo más limitado porque es controlable, y lo más privado porque es comprensible; sabiendo, sin embargo, que todo lo que decidimos y hacemos desde esa perspectiva tan acotada tiene el potencial de afectar, indirecta y directamente, al mundo.

3. UNA MIRADA ESPERANZADA SOBRE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

La disociación parece estar en la base de todos los malestares de la sociedad contemporánea. Nuestra mirada crítica muestra un círculo vicioso de disociación y desvinculación en todas las áreas de la sociedad. Sin embargo, esa realidad es una obra en cuya creación han colaborado nuestras propias miradas. Y aquí comienza la esperanza. Tal como dijimos al principio: el poder de nuestra mirada es tal que se manifiesta en y transforma lo observado. Echar una mirada esperanzada sobre la sociedad y sus realidades, es asumir la responsabilidad del peso de esa mirada y de su poder para producir respuestas y contribuir en la cocreación de una sociedad y una realidad distintas. Nuestra mirada puede perforar los muros de la impotencia e indiferencia y ayudarnos a encontrar – en medio de la incertidumbre – los senderos para la transformación social.

Y para recuperar el poder transformador de nuestras interpretaciones hace falta restablecer, profundizar y llevar adelante nuestra conexión con todo aquello que pueda despertar nuestro poder de vincular y vincularnos. La posibilidad de una transformación social hacia la plenitud e integración dependerá de la voluntad y la capacidad de la especie para pensar, simultáneamente, la esfera antro-po-social y la biológica y hacerlo desde su vínculo permanente. También de

encontrar criterios de articulación y toma de decisiones que respeten lo diferente y lo compartido en los espacios que van desde lo local a lo planetario, y de ser capaces de desarrollar modelos de organización que encarnen, en su estructura y mecanismos, estos desafíos. ¿Tendremos la imaginación y la inteligencia necesarias para abordar una tarea tan abrumadora? Y, ¿encontraremos esta conjunción de confianza, coraje y creatividad para *entregarnos* a una transformación de la cuál no sabemos nada, salvo que es imprescindible? Nosotros creemos que sí y tenemos argumentos.

Quisiéramos presentar tres aspectos de nuestra sociedad que consideramos tanto los puntos donde nuestra esperanza se asienta como los espacios desde donde promoverla y ampliarla. Los primeros se refieren al poder, tanto simbólico como operativo, de dos desarrollos todavía nóveles: el *tecnológico* que abre de una manera exponencial nuestras capacidades de producir lo nuevo y de revertir lo que nos daña; y el *sector social* como actor socio-político nuevo que, con su fuerza, empuja a nuestros sistemas de organización a repensarse y transformarse. El último se refiere a las condiciones de posibilidad que generan las características de los entretiempos.

3.1 El desarrollo tecnológico

Aunque el inicio del siglo XXI no se caracteriza por la misma euforia y optimismo que signó los albores del XX, sí comparte con él una conciencia colectiva de estar alcanzando nuevos confines y entrando en territorios que, aunque incipientes, ya sabemos que transformarán nuestra existencia. La clonación, la manipulación del ADN, la creación de órganos artificiales y el CERN, por ejemplo, son prueba convincente de que hemos entrado en una nueva era. Sin duda, igual que en el pasado, muchos de los actuales descubrimientos y desarrollos impactarán sobre nuestra noción de comunidad y modificarán sus necesidades y posibilidades. De hecho, este impacto ya ha empezado a plasmarse y aunque todavía no es posible definir qué eventos de nuestra era han sido los más transformadores, nos animamos a plantear que al menos hay dos, relacionados con el desarrollo tecnológico, que han modificado profundamente nuestro entendimiento de comunidad y ampliado las esperanzas para transformarnos.

Nos referimos, en primer lugar, a la salida del planeta tierra, es decir a la riqueza simbólica que nos ofrece la posibilidad de vernos desde fuera con una perspectiva integral. Este hecho puso al desnudo la entelequia de nuestras fronteras y nos mostró, no sólo que la comunidad y su hábitat son interdependientes sino que el hábitat es uno solo y la comunidad también. Ver al globo terráqueo suspendido en el espacio produce un sentimiento inefable y nos permite comprender que nuestro destino está, al menos por ahora, atado a un organismo complejo y extraordinario y, también, sumamente vulnerable. La salida de nuestro planeta nos ha permitido una segunda mirada también, de igual significado científico y valencia simbólica: la mirada más allá de nuestra propia galaxia y hacia dimensiones del espacio-tiempo hasta entonces insondables e impensables. Así, la belleza de nuestro planeta se junta con la maravilla del universo. Sin querer menospreciar las preocupaciones de cada día, sí sentimos que las dos miradas – que, en esencia, son dos dimensiones de una sola mirada – vuelven cada vez más absurdos y, de hecho, obscenos nuestros actos de violencia y destrucción.

En segundo lugar hablamos de la invención de internet, es decir de la posibilidad de que cada uno pueda contribuir y acceder a la inconmensurable búsqueda y producción de sentido de nuestra especie. Con este invento creamos un mundo virtual que rodea y atraviesa al físico generando un entramado de autopistas de circulación y vínculo. Navegar por este segundo mundo nos abre la puerta a un universo en constante transformación en el que se expande la producción intelectual, emocional y artística del ser humano.

Ahora bien, mientras que ver la tierra desde fuera generó un entendimiento concentrado, una *gestalt* acerca del vínculo entre nosotros y el hábitat; la creación de un universo virtual generó un efecto muy diferente. Este universo reticular estalló nuestras posibilidades de relación y creó alternativas de vínculo de una naturaleza distinta a la que estábamos acostumbrados. En primera instancia, porque plantea una plataforma planetaria de encuentro, instalando con ello – y más allá de que la mayoría aún no tenga acceso – la conciencia de comunidad global. En segunda, porque las autopistas virtuales parecen librarnos de muchas de las dificultades que el tiempo y el espacio han impuesto siempre a nuestros vínculos.

Al mismo tiempo, este espacio virtual nos exige desarrollar nuevos lenguajes y nuevas interpretaciones acerca de nuestras relaciones. Tal como lo expresa Lyotard, desde que se produjo la exteriorización del saber, es decir, desde que las transformaciones tecnológicas afectaron al conocimiento en sus funciones de investigación y transmisión, las posibilidades y necesidades de nuestros vínculos se han modificado de manera substancial. Parece que, cada vez más, para generar y acceder a un cuerpo determinado de saber y para organizar nuestro hacer, necesitamos articular personas y máquinas en un sistema de intercambio altamente sofisticado y demandante. No es de extrañar que, como consecuencia de estos desarrollos, los conceptos de “global”, de “red” y de “virtual” estén hoy omnipresentes en nuestra vida. Estos conceptos, ya integrados como normales y cotidianos en nuestro presente, traen con ellos la semilla del futuro: una manera integrada de mirar, un modo multidireccional de vincularnos y un espacio de circulación y articulación que ocurre simultáneamente en distintas dimensiones y espacios.

En resumen, la conciencia de la interdependencia con nuestro hábitat y la creación de un tejido virtual en el que es posible volcar y compartir nuestra producción de sentido, han transformado la noción de comunidad y ampliado, de una manera extraordinaria, nuestras posibilidades de vinculación y es en esa vinculación que reside, sobre todo, la posibilidad de llevar a cabo nuestra transformación. Nuestra primera mirada esperanzada nos hace ver aquella dimensión de la tecnología que, más allá de las posibilidades que ofrecen sus aplicaciones concretas, ayuda a re-vincularnos – real y simbólicamente – con el gran tejido de la existencia y vivir, en los hechos, la unidad no sólo entre los seres humanos sino, también, de nuestra especie con la vida misma.

3.2 El sector social: un nuevo actor socio-político

Los actuales movimientos sociales poseen rasgos inéditos en la historia de la humanidad. En la sociedad contemporánea el llamado sector social cubre un abanico de funciones que abarcan tanto la categoría de socio del Estado y las empresas como la de su controlador y denunciante; tanto la de compensador de injusticias sociales como la de espacio de vanguardia para el pensamiento nuevo. Más allá de que los roles que asumen las organizaciones sociales están en vínculo con las necesidades de las personas y regiones en las que operan, es posible adjudicarle

también otras causas a la amplitud de funciones a las que responden. El sector es, verdaderamente, un emergente de nuestra era. Desde esta perspectiva, al mismo tiempo que despliega tareas de campo, sigue explorando y definiendo sus espacios de operación y su rol en el conjunto de los actores de la vida social y política.

A diferencia de la congruencia conceptual que poseen en el imaginario colectivo el sector gubernamental y el privado, el social se presenta todavía como una suma de voluntades e intervenciones diversas, cuyos protagonistas no han logrado plasmar aún una identidad transversal a partir de la cual ocupar un rol claramente diferenciado. Mientras la idea de estados y empresas captura una serie de entendimientos establecidos y uniformes – positivos y negativos –, la idea de sector social admite y atrae un abanico de interpretaciones de asombrosa variedad. Así, su naturaleza como actor socio-político se presenta, por un lado, enfocada en temáticas que caben dentro de la definición de derechos humanos y el bien común, asimilando su tarea a la de los estados. Y, por el otro, el sector posiciona fuertemente el valor de estar constituido por la voluntad y decisión de individuos y grupos independientes que llevan a cabo lo que ellos mismos definen como prioritario. En este sentido, su libertad para actuar y definir su misión, está más cercana a la naturaleza del sector privado.

A esta dualidad se agregan dos características muy particulares que, dependiendo de la mirada, fortalecen o debilitan la legitimidad del sector para llevar a cabo sus actividades. La primera es la atribución de “lo social” como campo de acción propio y como eje orientador. En la medida en que el sector está buscando una representación que lo diferencie de lo gubernamental y lo económico, al adjudicarse “lo social” parece estar proponiendo una interpretación de que es el único que se ocupa de lo verdaderamente humano y comunitario. Quizás esto surge justamente porque nuestros gobiernos se encuentran con las manos atadas por instancias que están fuera de nuestras fronteras, mientras las empresas se mueven impunemente en espacios inalcanzables para las estructuras de participación y control que hemos creado. Sea como sea, esta diferenciación es tomada incluso por el sector privado cuando, por ejemplo, agrega la palabra “social” a sus actividades para advertir que las intenciones, en esa línea de acción, van más allá de sus intereses

particulares. La responsabilidad social corporativa es un claro ejemplo de esta última observación.

En la búsqueda de la diferenciación se pone en evidencia un rasgo paradójico del sector social. Mientras que proteger y restablecer el entretejido social en función de lo que es de todos, constituye su gran meta y legitimación, el deseo de diferenciación respecto de los otros sectores, si bien fortalece su autonomía también debilita los vínculos con ellos. Uno de los grandes desafíos para el sector social es resistirse a la corriente de pensamiento que instala “lo social” como un área separada. En este sentido creemos que hay una creciente consciencia del sector acerca de este aspecto y su, cada vez mayor, involucramiento en colectivos con otros sectores son una prueba de ello.

La segunda característica es que, en la mayoría de los casos, las instituciones de este sector no generan - ya sea vía impuestos o ganancias - sus propios recursos para operar. El peso de esta característica es que la importancia del problema a resolver y los recursos para hacerlo no siempre van de la mano. Lo mismo pasa entre la idoneidad para resolver los problemas y la capacidad para acceder a las fuentes proveedoras de recursos. Esta situación, entre otras cosas, permite que los proveedores de recursos establezcan condiciones que, muchas veces, responden a sus propias necesidades y no a la lógica del problema a resolver, debilitando o distorsionando la congruencia del programa social concebido por los operadores. Frente a este dilema también vemos que están surgiendo reflexiones nuevas que buscan no sólo establecer vínculos de paridad y mutua nutrición entre operadores y proveedores sino, sobre todo, liberarlos de estas dos categorías.

Ahora bien, a pesar de estas características complejas y de estar todavía definiendo su rol en el conjunto de actores políticos, el sector social ha logrado una extraordinaria expansión en las últimas décadas. Las causas de este crecimiento son muy diversas y reflejan, simultáneamente, el empoderamiento de los ciudadanos y su frustración ante los desarrollos y problemas locales y mundiales. Esta expansión ha llevado al sector a asumir más responsabilidades y buscar modos de llevar a cabo su intervención en las diferentes dimensiones territoriales: local, regional,

nacional, supranacional, internacional y global. En este sentido es notable, y prueba de que lo social alude a la humanidad en su conjunto, la cantidad de organizaciones que, superando todas las categorías, se definen como “sin fronteras” abarcando profesiones y temáticas tan diversas como, por ejemplo: abogados, agua, dentistas, geólogos, libros, maestros, médicos, payasos, reporteros, sociólogos y voluntarios, entre otros.

El sector social, como emergente, parece estar reflejando, para los vínculos, algo similar a lo que hemos comprendido para el hábitat en las últimas décadas: todo está interconectado y se afecta incesante e inevitablemente, lo veamos o no. Así, pareciera que el sector social surge como respuesta a la conciencia y voluntad de intervención colectiva frente a las actuales condiciones humanas y ambientales inaceptables. Su expansión, ya sea por medio de estructuras formales o por la suma de cientos de miles de individuos en distintos lugares del mundo marchando por la misma demanda, expresan un nuevo entendimiento de la especie y manifiestan un deseo de involucramiento y una visión de comunidad que no admite fronteras.

3.3 La confusión creativa

Por último quisiéramos plantear un tercer aspecto que, junto con las perspectivas que nos ofrecen la tecnología y el sector social, nos permite sentir esperanza: nos referimos, paradójicamente, al estado de profunda confusión en el que nos hallamos como resultado de que se están licuando, simultáneamente, tanto nuestro mundo como nuestras miradas sobre él. Confusión que surge porque se están desvaneciendo las lógicas de siempre sin que nuevos marcos de referencia hayan emergido, debilitando los órdenes tradicionales mientras crece un sentimiento nuevo de pertenencia y diluyendo nuestras creencias y certezas sin que las hayamos remplazado por nuevas. Así mismo, nuestra mirada parece verlo todo expuesto, tanto los protagonistas y las lógicas de poderes casi absolutos que antes estaban en la sombra como la extraordinaria y

riquísima diversidad de orientaciones, preferencias y costumbres que antes representaban distintas culturas mientras que ahora florecen dentro de cada sociedad.

Aunque pareciera que el desvanecimiento de las certezas anteriores generó libertades personales y sociales inéditas en nuestra historia, la sociedad humana se halla hoy en un estado muy lejos de la celebración por lo conquistado. La confusión produce el sentimiento de que está operando una profunda irracionalidad que va más allá de las evidentes discrepancias sociales, políticas, económicas, religiosas y culturales. Nuestro entretiem po parece moverse en base a un *sentido del sinsentido* que, aunque no se deja capturar ni comprobar, penetra las grandes obras que emprendemos o deseamos emprender en nuestras sociedades. Y, desde esta situación, cada uno recupera el poder de las preguntas y se plantea: ¿Quiénes son, hoy en día, los que definen lo que es la realidad y marcan los temas de los que debemos hablar? ¿Quiénes determinan cuanta y qué diversidad política, social, idiomática, étnica, religiosa, cultural o ideológica entra en una sociedad? ¿Quiénes definen enemigos y aliados e inician y justifican guerras? ¿Quiénes identifican y jerarquizan necesidades? ¿Quiénes? ¿Los gobernantes, políticos, científicos, economistas, empresarios, líderes sociales, sindicalistas, periodistas, publicistas, filósofos, teólogos, psicólogos, artistas? ¿Cada uno de nosotros?

Estas preguntas emergen mientras tratamos de manejar esta multiplicidad y simultaneidad y vemos que se profundiza la brecha entre los paradigmas conocidos y la realidad. Pues, hasta los principios más completos, abarcadores y atemporales van quedando, inexorablemente, limitados. A medida que emergen nuevas realidades, estos principios – aunque todavía válidos para el área que gobiernan – se vuelven incompletos e insuficientes para estas realidades. Sin duda, cuánto más significativa fue su relevancia ética, social y política más nos cuesta ver – y aceptar – esta limitación y hasta invalidez. Resulta muy difícil hacerlo y es, justamente, esta dificultad la que subyace a muchos de nuestros debates actuales sobre, por ejemplo, bioética, guerras preventivas, el rol de la educación en las sociedades multiculturales y multi-religiosas o las funciones de las fronteras, campos de refugiados y la relación con los inmigrantes. Son todos estos procesos simultáneos los que generan la *con*-fusión.

Y es, precisamente, esta irracionalidad, este choque de contrasentidos lo que creemos que nos abrirá los ojos. Todavía no sabemos lo que nuestras miradas verán ni en la creación de qué realidades colaborarán. Todavía estamos haciéndonos preguntas: preguntas que se vuelven cada vez más inteligentes y hasta trascendentes porque, mientras no encontramos respuestas, se profundiza la búsqueda. La sociedad contemporánea está evolucionando desde un sistema lleno de respuestas que ya no funcionan a una búsqueda de las preguntas pertinentes aunque no sea posible, todavía, darles una respuesta. Desde esta perspectiva, entonces, creemos que la transformación social ya no es una posibilidad, es una realidad existente.

Notas al pie

1. Uno de los ejemplos más claros es el Foro Social Mundial (FSM), un encuentro que se realiza anualmente desde el año 2001 y que nació en Brasil como contracara del encuentro anual en Davos del Foro Económico Mundial (FEC). El funcionamiento del FSM es, en sí mismo, un modelo organización y vinculación inédito, tan nuevo que es difícil todavía definir sus características. Sin embargo el lema del FSM: “Un mundo mejor es posible” es un ejemplo perfecto de qué implica un norte amplio como expectativa de transformación.
2. Morin, Edgar (1999) *El Método I, la naturaleza de la Naturaleza*. Madrid: Cátedra. Pág. 27.
3. Un ejemplo de esto es lo que se ha debatido durante el 2010 acerca de la relación poco transparente de los asesores contratados por la Organización Mundial de la Salud (OMS) para combatir lo que definió como la pandemia de gripe porcina. Según el diario médico *British Medical Journal* (BMJ) y la Oficina de Periodismo de Investigación, al menos tres de los investigadores, que presentaron los documentos científicos en los que se basó la adquisición de medicamentos por parte de los gobiernos, habían recibido dinero de alguna de las empresas farmacéuticas que producían los fármacos. Juhani Eskola, Peter Figueroa y Jean-Louis Bensoussan, tenían contratos con las farmacéuticas Novartis, Merk y Roche respectivamente. La falta de transparencia no está en que se haya ocultado estos vínculos sino en que no se haya evaluado el conflicto de interés de estas personas y buscado asesores realmente independientes. <http://detenganlavacuna.wordpress.com/2010/01/>

Arte, Intervención y Acción Social (2011)
Editorial Grupo 5,
Ángeles Carnacea Cruz – Ana lozano Cámbara (coordinadoras)
Capítulo I Transformación Social y Sociedad Contemporánea
Autores: Carmen Olaechea y Georg Engeli

4. En su libro *La condición posmoderna*, Jean François Lyotard reflexiona acerca de cómo las transformaciones tecnológicas han incidido en la naturaleza del saber. A los efectos de nuestra reflexión destacamos, dentro de su amplio análisis acerca de esta incidencia, una en particular: y es que, con la hegemonía de la informática, se produce una exteriorización del saber con respecto al «sabiente» (el saber está afuera del sabiente, está en la máquina). Así, el autor considera que el antiguo principio de que la adquisición del saber es indisociable de la formación del espíritu, e incluso de la persona, cae, y caerá todavía más, en desuso.
5. Berardi, Franco (2007) *Generación post-alfa, Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Tinta limón ediciones. Buenos Aires. Pág. 16.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt** (1999) *La globalización, Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Berardi, Franco** (2007) *Generación post-alfa, Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta limón.
- Ciancaglini, Sergio**, (2000) *La revolución del sentido común*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Deleuze, Gilles** (2002) *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hertz, Noreena** (2002) *El poder en la sombra, las grandes corporaciones y la usurpación de la democracia*. Buenos Aires: Planeta.
- Hochschild, Arlie Russell**, (2008) *La mercantilización de la vida íntima, apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz.
- Labaké, Julio César**, (2007) *La revolución de la sensatez*. Buenos Aires: Aguilar.
- Lyotard, Jean François** (1987) *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Morin, Edgar** (1999) *El Método I. La naturaleza de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Morin, Edgar** (1995) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, Edgar** (2000) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Caracas: IELSAC/UNESCO.
- Rofman, Adriana (comp); Accinelli, Mariana; Balán, Eduardo; Callelo, Tomás; Lozano, Claudio; Quintar, Aída; Reboratti, Laura** (2002) *La acción de las organizaciones sociales de base territorial*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Sennett, Richard** (2003) *El Respeto, Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*, Barcelona: Anagrama.